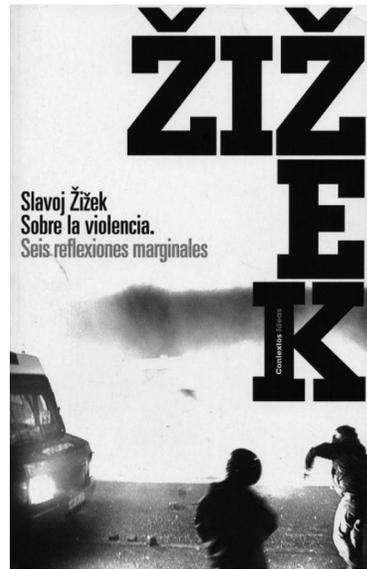


Comentario a Slavoj Žižek:  
*Sobre la violencia.*  
*Seis reflexiones marginales*

Paidós, Buenos Aires, 2009

*Por Lucia Pisciotano*



El filósofo esloveno Slavoj Žižek nos interpela nuevamente, esta vez con el análisis de una problemática específica: la violencia. Su intención en este libro es debatir con toda concepción simplista sobre el tema, para postular una teoría compleja que aplica constantemente a situaciones políticas contemporáneas de distintos países.

Este libro es de los últimos de su autoría, saliendo su primera versión en inglés en el 2008 y su traducción al español en el 2009. Aquí, el filósofo nutre su teoría trayendo múltiples ejemplos muy actuales y recurriendo a clásicos de la literatura, del cine, de la filosofía y volviendo también a los grandes casos de la historia que no deben dejar de ser pensados; como el Holocausto, el stalinismo, el maoísmo o la Revolución Francesa.

Hace una lectura sintomática de la actualidad tomando los más influyentes movimientos sociales, medios de comunicación, figuras relevantes, teniendo en cuenta las nuevas tecnologías y nuevas formas de comunica-

ción que van de la mano con nuevas formas del capitalismo.

En un vaivén constante entre postulación teórica y ejemplos concretos, Žižek propone una teoría que desarrollará a lo largo de seis ensayos en los que el tránsito por cada uno nos lleva casi inevitablemente al siguiente. En este desarrollo él comienza proponiendo que debemos distanciarnos del “señuelo” de aquellos tipos de violencia en que el responsable es inmediatamente identificable ya que ésta es la única parte subjetiva, la más visible, de una tríada de la violencia que se compone de otros dos elementos objetivos: violencia sistémica y violencia simbólica.

La violencia simbólica es aquella que está encarnada en el lenguaje y sus formas y que se da desde la misma imposición de un universo de sentido; mientras que la sistémica es resultado de los ordenamientos económico y político. Para Žižek habría una distinción en la forma de percibir las violencias subjetivas y objetivas porque las

primeras se presentan como alterando la normalidad mientras que las segundas son constitutivas de la misma. Así, un primer paso que da el autor es advertirnos acerca de no pensar la violencia en términos homogéneos sino que debemos reflexionar acerca de las violencias, en plural, porque hay distintos tipos y además en algunos casos son ideológicas y contribuyen a la reproducción de ciertas formas de control social. Por ello en el mero rechazo a la violencia subjetiva opera una ideología que contribuiría a una “asociación diferencial” de las violencias. El análisis que propone es hacer una lectura de soslayo, ya que enfrentarse directamente a la violencia nos llevaría a centrarnos sólo en la subjetiva, dejando de lado que ésta es producto, reflejo o un eco de las otras.

Sentando esta postura Žižek mira sesgadamente la violencia para alejarse de toda mirada que se centre en la víctima y simpatice con ella o en cualquier discurso humanitario, progresista, pacífico o tolerante, a los que no se cansa de deslegitimar y denunciar.

Por otro lado está la violencia sistémica que es aquella inherente al sistema mismo y que es solventada por las formas de vida de los que más tienen. No debemos pensar como “malos” a quienes la reproducen ya que no son identificables de ese modo sino que es su propio estilo de vida el que continúa la desigualdad social. Este estilo de vida implica una actitud liberal dominante que se postula como preocupada por la violencia física, directa e ideológica, planteándola como una urgencia a resolver y eclipsando así otras formas de violencia de las que participen activamente. Nuestra tarea es correrlos del S.O.S. humanitario que promueven para proponer otro: el complejo análisis de la tríada de la violencia en su conjunto.

Para ello, debemos partir de la noción del fetichismo de la mercancía, para entender que es justamente desde allí que se concibe una nueva forma de la violencia estructural, a la vez que es la única forma de que sea posible eso que llamamos globalización. Es en esta abstracción que opera autónomamente, en la danza metafísica de las mercancías, que reside la violencia sistémica que es propia del capitalismo.

Žižek acusa de ejercer esta violencia sistémica hoy en día a los llamados comunistas-liberales, aquellos que tras una máscara humanitaria siguen acumulando millones de dólares en capitales financieros y especulativos tras un relato solidario de “devolverle a la sociedad las oportunidades que ellos han tenido” a través de grandes donaciones. Este discurso es el velo de una violencia que se inmiscuye por detrás, haciendo foco en ocuparse de la violencia visible en un “chantaje del superyó”. Así, quienes generan la violencia estructural son personas que huyen en sus estilos de vida de las propias consecuencias que ellos mismos construyen mientras el resto padece estas consecuencias en las aldeas globales, disfrazadas tras el nombre de democracias, nueva forma de tiranía del s. XXI.

Lo que sostiene estas democracias y moviliza la pasión de la gente es el miedo. Miedo al extranjero, al acoso, al crimen, a la ausencia de Estado pero también a sus excesos... En este sentido el planteo zizekeano se asemeja a la lectura de Derrida en *La Bestia y el Soberano*<sup>1</sup> donde toma el caso de las Torres Gemelas para argumentar cómo los medios masivos de comunicación se encargan de reproducir una y otra vez una información que es siempre ya interpretada y que, como expresión y forma del discurso polí-

1. Derrida, J.: “Segunda Sesión”, *Seminario La Bestia y el soberano* Vol. 1 (2001-2002), Manantial, Buenos Aires, 2010.

tico, es la instauración de una creación *fabulosa* de la política que moraliza a través de un discurso del hacer-saber que se legitima por el miedo, sembrando el terror. En este caso, se observa una manipulación de la información en tanto se controló qué mostrar y qué no y en qué medida, seleccionando y censurando estratégicamente para la formación de un simulacro narrativo.

En estas formas de narración, se construyen antagonismos al interior de la sociedad y se levantan las barreras de quiénes son *otros* tolerables y quiénes no. De manera análoga, se produce una denegación fetichista hacia quienes no son tolerables. Es decir que se ignora el constante sufrimiento, las torturas y horrores de muchas partes de la humanidad por un lado porque se los niega y por el otro porque tenemos la capacidad del olvido.

Para esto debemos tener en cuenta el otro tipo de violencia que mencionamos, la violencia simbólica, que se da con la entrada al lenguaje, con la imposición de un sentido, simultáneamente al reconocimiento de un otro que, en términos freudianos, siempre es traumático. Por eso debemos descartar que el lenguaje sirva para llegar a algún tipo de acuerdo armónico ya que él en sí mismo es violento porque, como planteó Hegel, la misma simbolización de algo es ya violenta. El lenguaje es la primera y más violenta forma de división. De esta manera entramos en una eterna disputa entre poder y deseo que nos impide rechazar la violencia hacia fuera del sistema ya que la lucha y el conflicto son parte constitutiva del mismo.

En este contexto, la relación con el otro siempre es de alguna forma hostil, porque hay

un abismo entre la propia identidad y la del otro que es sin embargo constitutiva y necesaria pero que a la vez se manifiesta en deseo del otro y deseo del deseo del otro, finalmente expresado en la envidia. En este tipo de sociedades lo que se pone en juego es una economía de las distancias que es menester para no sufrir el acoso y para tolerar esta paradoja irreductible en la que el deseo debe ser limitado (la sociedad democrática supone igual capacidad de acceso al goce) a la vez que en su propia dinámica es siempre infinito.

Pero en tanto las sociedades son desiguales e injustas, no deja de aparecer una envidia al goce extremo del otro que demanda a la vez la prohibición y la igualdad del goce, produciendo una exigencia de goce traumática y perturbada en donde el mismo sólo es posible si es análogo a la imposibilidad de goce del prójimo, incluso si ello requiere el sacrificio del goce propio.

Lo que hay entonces es una clara fragilidad de los vínculos sociales frente a la cual la violencia más visible, la subjetiva, es un emergente segundo de estas formas de violencia objetiva primeras que se expresan en una violencia sin sentido en una coyuntura de creciente privación del mundo. El capitalismo y su globalización sólo puede darse a través de una mercantilización sin sentido, que sea capaz de amoldarse a cualquier cultura, pero con sus pretensiones totalizadoras despoja a gran parte de la población, en términos de Badiou, “privándola de mundo”. Siguiendo esta línea, el fundamentalista religioso que se inmola en nombre de algo trascendental<sup>2</sup> es la otra cara de los comunistas-liberales, es la resistencia a las

2. Vale aclarar que para el considerado fundamentalista, este algo por el que se inmola no carece de sentido sino que es más bien el universal absoluto, que son radicalmente distintos a manifestaciones como la de París del 2005 donde no había pretensiones de cambio alguno. La

diferencia radical sería que si bien ambas formas aparecen como sin sentido alguno, la primera tiene un sentido en tanto es contraviolencia mientras que la segunda no, por no demandar cambio alguno.

formas de ideología que se instauran a través del miedo y que deslegitiman la lucha emancipatoria.

Lejos de pensar en nuevas formas de unión, el ataque a las Torres Gemelas abrió una nueva época de levantar nuevos muros, de formar nuevas otredades, de nuevos enemigos que son combatidos en nombre de la democracia mientras que hipócritamente se pone en tela de juicio la violencia como forma de lucha de todos los que quedan del otro lado del muro. Se muestra la lógica descarnada del capitalismo donde lejos de una aldea global de inclusión estamos frente a una estrategia selectiva que incluye a algunos mientras que deja por fuera a otros, privándolos de mundo y debilitando la posibilidad de solidaridad. Estamos frente a un nudo sintomático que abre la duda de por qué es más fácil pensar en la destrucción de la humanidad toda antes que en un cambio del sistema.

El libro puede leerse como un análisis de la realidad actual que postula conjuntamente una teoría, para mostrar de manera explícita cómo la ideología opera en lo más sutil, en aquello que da sentido pero no percibimos y que nos atraviesa a través de formas ocultas. En otras ocasiones Žižek ha expresado que el fundamento último de la ideología es que la verdad descarnada es muy fuerte para ser pública. Esto lo que implica es el requerimiento de un cinismo que juegue con las lógicas subyacentes de la misma manera que necesitamos la ficción de un Gran Otro para darle forma a la propia existencia. Este Gran Otro nos sirve como orden de las apariencias, para formar una identidad pero es en verdad virtual. Detrás de esta apariencia, la verdad que no podemos tolerar es que esta-

mos solos, que no hay un punto de referencia que garantice el sentido.

Pero en la coyuntura política actual el otro se convierte en un otro real por el odio inherente que esta otredad implica. Se vuelve así imposible creer en los discursos multiculturales cuando el expansionismo se justifica por esta construcción de la otredad que “nos vuelve víctimas atacadas” para los casos más visibles: Estados Unidos, Israel y los árabes. De esto se desprende que sólo una explicación étnica o religiosa justifican la eliminación del otro, por lo cual para Žižek sería errónea la idea de Dostoievski según la cual “Todo es posible si no hay Dios” ya que es justamente el fundamento de actuar en nombre de Dios el que permite cualquier tipo de atrocidad.

Žižek sostiene que la violencia que debe intervenir es aquella que Benjamin clasificó como violencia divina, que es la única violencia emancipadora y que es la intromisión de una justicia más allá de la ley.<sup>3</sup> Por eso es que las luchas emancipadoras deben aceptar que no hay universal posible y que la solidaridad entre las luchas se puede dar únicamente atravesando las culturas en una lucha común contra la opresión, que es a su vez el antagonismo básico de toda civilización. Por este antagonismo es que hay una tensión constante del sistema y sus contradicciones que crece hasta que adviene un estallido de violencia divina. La violencia divina es esa que surge como si fuera de la nada, destruyendo el derecho, los límites, a la vez que redime y golpea. “La violencia divina es una expresión de pura pulsión, de no muerte, de exceso de vida, que golpea a la «vida desnuda» regulada por la ley.”<sup>4</sup> Žižek (2009, 235)

3. Benjamin, W.: “Para una crítica de la violencia”, *Conceptos de filosofía de la historia*, Apebe, Buenos Aires, 2011, 57-83

4. Žižek, S.: *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Paidós, Buenos Aires, 2009: 235.

Lo que no debemos dejar de tener en cuenta es que para que un acto de violencia divina sea considerado como tal, debe asumirse como tal ya que no hay ningún Gran Otro que garantice su divinidad. La violencia divina es entonces un signo de la impotencia de Dios. Asumir la violencia divina es asumir que no hay Dios ni Gran Otro.

Para concluir podemos volver a plantear algunas de las reflexiones que el libro de Žižek nos deja sobre un abordaje teórico de la violencia para poder complejizarla y desentrañar las operaciones ideológicas subyacentes. Por un lado, nos invita a desprendernos de la visión únicamente negativa de la violencia que lo que implica en última instancia es un sustento de ciertos tipos de violencia que no son inmediatamente percibibles, las violencias objetivas.

Para corrernos de esa mirada necesitamos salir de la actitud compasiva hacia la víctima a la vez que debemos dejar de demonizar a cualquiera que utilice la violencia ya que ésta puede enmascarse en la afirmación más inocente. Por último, para pensar qué tipo de violencias son aceptables y contribuyen a una contraviolencia o violencia divina, debemos analizar el contexto que nos indicará si el acto es o no violento y de qué estilo. Desde esta perspectiva, un no-actuar puede ser mucho más violento que la acción directa, siempre que se tenga en cuenta el contexto y sus consecuencias últimas. El desafío que Žižek propone es no caer en simplismos reduccionistas que corran tras la urgencia del accionar sino que reflexionemos al respecto para conocer seriamente las causas de lo que estamos investigando.